

tente que nos devuelve el cuerpo que nos había sido negado. Desde luego, los intentos de romper con decibelios el cinturón de mediocridad cotidiana se remontan a la aparición de los primeros grupos *underground* catalanes, e incluso antes. Pero el impacto sonoro del cuarteto andaluz se magnifica por esa desafiante cáscara externa, que no es irrelevante: su aspecto exterior y su entrega total en las actuaciones en directo, la expresión visual del potencial liberador de su música.

Los músicos de Storm tienen posibilidades de crear algo musicalmente propio (los cuatro tienen un gran dominio de sus instrumentos para su juventud), pero no veo cómo les van a ayudar las adulaciones que los *media* les han dispensado recientemente. Pienso, por ejemplo, en un programa de televisión donde dieron su opinión todos los «profesionales» asistentes a la presentación oficial del grupo en Madrid, incluyendo su propio «manager (que lo es también de otro cantante sevillano que actúa bajo el nombre artístico —no me invento nada— de ¡Kissinger!). Ante muestras de aprobación tan desproporcionadas no es extraño que los miembros del grupo anden proclamando que tocan «música afrobética» (sic). También recuerdo una increíble entrevista radiofónica donde anunciaban que habían sido contratados para actuar en «un festival en Nueva York» y que iban con «la esperanza de dejar a España en buen lugar». Tal vez estén haciendo puntos para ser los representantes de la Televisión Española en el próximo Eurofestival...

La aparición de Storm es un testimonio de la vitalidad del rock y su naturaleza internacional. Respecto al grupo en sí, seguramente irá individualizándose musicalmente, aunque no creo que su madurez ideológica corra pareja. Pero ahí está su brecha. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.**



«He sido yo» («Sono stato io», 1973), de Alberto Lattuada.

CINE

Fallida descripción de un mitómano

El muy decaído prestigio de Alberto Lattuada se levantaría momentáneamente en 1970 con la realización de «Venga a prenderse il caffè da noi», película prohibida entre nosotros. Sin embargo, sus obras posteriores no confirmarían esta recuperación. Quizá ustedes recuerden la increíble «Blanco, rojo y...», estrenada la temporada anterior, donde se narraban los sublimes amores de una monja (Sofía Loren), que renunciaba al mundo tras la muerte de su novio (Juan Luis Galiardo), con un subnormal comunista (Adriano Celentano) finalmente arrepentido de sus pecados y descreimientos. Sin llegar al grado de disparate que este film alcanzaba, tampoco puede decirse que «¡He sido yo!» («Sono stato io», año 1973) suponga otra

cosa que la certificación de que, a sus sesenta años, Lattuada cuenta ya bastante poco en el panorama complejo y contradictorio, pero siempre enriquecedor, del cine italiano.

No es malo el punto de partida de «¡He sido yo!», ni lo son sus veinte primeros minutos, dedicados a la descripción de un personaje típicamente mitómano, que sueña, desde su vulgaridad, con alcanzar la fama y el dinero. La idea de reflejar por una vía grotesca de qué manera un ser desprovisto de cualquier capacidad crítica recibe el bombardeo mitificador de los medios de comunicación de masas, era susceptible de originar una sabrosa comedia que incidiera sobre un trasfondo sociológico real, característica de las mejores muestras del género. Si no ha sido así, es porque, una vez efectuada esa descripción que mencionábamos, la película se centra de manera irrelevante en el caso criminal del que Biagio Solise quiere erigirse en protagonista para ocupar la primera plana de todos los periódicos y ser alguien más que un anónimo limpiacristales o un comparsa de la Scala de Milán. El piensa demostrar posteriormente su inocencia mediante una coartada que guarda con celo hasta la última sesión del ju-

icio. Pero no hace falta ser un espectador excesivamente espabilado para prever desde el comienzo de esta «intriga» cuál será el resultado del empeño de Solise, con lo que el film añade un factor negativo más a su torpe desarrollo.

Se diría que nos encontramos ante una película hecha a toda prisa para aprovechar la rápida popularidad de Giancarlo Giannini, actor de quien «¡He sido yo!», se convierte en seguida en muestrario completo de «tics», gesticulaciones y «números». Me parece válida la idea de crear un «tipo» mediante la acentuación de sus datos aparentes; no otro ha sido el camino de la comedia costumbrista, la exageración de cuyos personajes se veía compensada por la actitud del espectador, que reconocía la base cotidiana en que estaban fundados y transformaba en risa las prolongaciones cómicas. Pero si tal base se pierde y el actor predomina por encima del personaje, imponiendo su personalidad más allá de lo que el papel requiere, ello dará origen o bien a la aparición de un mito cinematográfico (desde Chaplin a Marilyn, desde Bogart a Marlene), o bien —como sucede en el noventa por ciento de los casos— a simples sobreactuaciones, convir-

tiéndose la película en vehículo de lucimiento de un determinado intérprete. Que es en lo que acaba «Sono stato io», pese a los intentos confesados de Lattuada de narrar «una historia de soledad, de infelicidad, de pobreza y humillación». También hay que decir que los festivales internacionales parecen terreno abonado para este tipo de sobreactuación; si no, resulta inconcebible que Giannini se llevase el premio de interpretación en San Sebastián del pasado año por el film que comentamos, igual que meses antes lo había obtenido en Cannes por «Film d'amore e d'anarchia»...

Constatemos, por último, que respecto a la duración oficial de la copia exhibida en San Sebastián, ahora le faltan diez minutos a «He sido yo», buena parte de ellos en su primera y mejor parte (1). Como le falta también la jugosidad del argot milanés, fielmente reproducido en el original. ■ **FERNANDO LARA.**

Las peripecias del No-Do

Desde hace bastante tiempo viene hablándose de la necesidad de que el No-Do deje de ser de proyección obligada en todos los cines de España. Realmente, nadie entiende por qué la Administración considera indispensable que los españoles cinéfilos contemplen semana tras semana las mismas asépticas, bobaliconas y generalmente reiterativas imágenes del No-Do, sobre todo cuando ello impide el desarrollo de una pequeña industria del cortometraje, con lo que ésta supondría no sólo de renovación de carteleras españolas, sino de promoción de nuevos cineastas.

Pero, por encima de cualquier razonamiento, existe, imperturbable, esta obligatoriedad, que seguramente se traduce en un mayor número de

(1) En la versión original, Biagio Solise imagina —entre otras cosas— que asesina al Papa para hacerse célebre.

consumiciones en los realmente caros bares de los cines, antes que en un interés masivo por conocer las noticias que cada semana propone el No-Do.

Es curioso cómo cada vez que se protesta públicamente por esa obligatoriedad (son generalmente los cortometrajistas los más perjudicados por esa ley, aunque el público consumidor tampoco le vaya a la zaga), el No-Do se revitaliza, queriendo demostrar que sus posibilidades son inacabables y que nada se puede contra él. Bien propone su fastuosa «página en color» (cuya justificación aún no ha sido posible encontrar), bien contrata a un periodista de impacto como Alfredo Amestoy o propone sutiles juegos irónicos sobre la vida en nuestro tiempo contemplada por un marciano futuro. Todo menos dejar una oportunidad abierta a la limpia competencia con los cortometrajes. ¿Por qué se niega la posibilidad de que cada cine, cada espectador, elija por su cuenta el programa que le apetece? ¿A quién sirve que todos los españoles tengan que ver forzosamente el No-Do? Con esta obligatoriedad, las oportunidades del cortometraje privado se limitan a esperar que la película base de cada cine tenga una duración por debajo de la habitual y que para completar el tiempo normal de una sesión haya que recurrir a la adición de uno de esos cortometrajes.

En Bilbao existe un festival dedicado al cortometraje y cine documental. ¿Qué aplicación tiene en la vida real de los cines españoles? Desde hace unos meses se proyectan con éxito en Madrid dos películas documentales —«Los herederos de la Tierra» y «Regreso a las estrellas»— que demuestran ahora el interés que puede tener el espectador español por un cine no necesariamente de ficción y con actores norteamericanos. Está claro con esos éxitos que lo que hace unos años era impensable por los distribuido-

res españoles, hoy es más que una realidad.

Pero, ¿y los cortos? La Administración suele protegerlos con una subvención cuando los considera de interés «artístico». Parece que sólo gracias a ella es posible que el cortometraje sobreviva, ya que mientras el No-Do permanezca impasible en los cines, pocos serán los que salgan a la luz. (Y, entre paréntesis, puede señalarse que cuando uno de esos cortometrajes se estrena, los alquileres de proyección oscilan entre las 250 y 500 pesetas semanales, con lo que su amortización es bastante difícil.)

¿Qué peligros ofrecen los cortos, sometidos como están a los habituales medios de control de censura y protecciones? Y aunque nos repitamos hasta la saciedad, ¿qué ventajas ofrece el No-Do, salvo para el mismo No-Do, que mantiene su productora a la sombra de su obligatoriedad?

Ha llegado un momento en que el No-Do ha empezado a tener el interés de lo «camp». La actriz Begoña Valle confesaba hace poco que procuraba no dejar de verlo nunca porque suponía para ella un ejercicio de imaginación insustituible. ¿De qué hablarán esta semana?

¿Qué reportaje vendrá a continuación? Porque escasas ocasiones son las que el No-Do aprovecha para hablar de la actualidad (de una actualidad de interés, se entiende), que no sea la repetida ya por TVE. ¿Será esta semana cuando toca el reportaje famoso del tren del que la gente baja corriendo para ver unas regatas? ¿O «tocará» la canción de alguien que no viene a cuento? ¿Será quizá una entrevista con una actriz o con un actor cuya elección viene motivada sólo por la necesidad de cubrir el espacio de la semana?

Mientras tanto, muchos son los cortometrajes ya rodados que permanecen dormidos en sus cajas, muchos más son los que no llegan a hacerse e infinitos probablemente los realizadores españoles que nunca alcanzarán la

oportunidad de expresarse siquiera sea a través del documental. La cuestión del No-Do, como puede comprobarse, no es una trivialidad de verano. Probablemente dentro de un año tengamos que plantear de nuevo la cuestión.

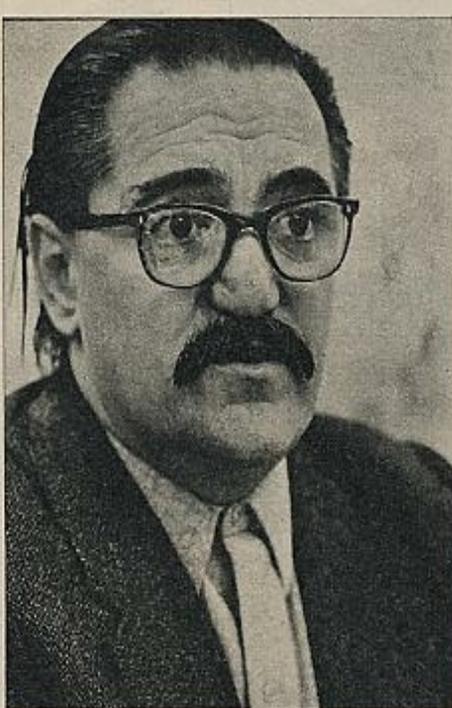
Cierto es que hace unos años el No-Do era un vehículo insustituible de promoción. Pero ha transcurrido mucho tiempo desde entonces (el No-Do tenía además una separata llamada «Imágenes»), y ya no consiste en poner el mundo entero al alcance de todos los españoles. De cualquier forma, y si el sostenimiento de la pequeña industria que supone es una razón de peso (otra podría ser la de actualizar los interesantes archivos que el No-Do posee), ¿por qué no se amplía esa obligatoriedad al cortometraje? De hecho, se dice que esa obligatoriedad existe, como la de proyectar un día a la semana una película infantil. ¿Qué razón hay para que no se pongan en vigor? ¿Es la publicidad?

¿Cuándo pasará esta cuestión del corto y del No-Do a las asambleas sindicales de los productores? ¿Cuándo se empezará a entender que el cine no lo constituyen exclusivamente los largometrajes? ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

«Historia de un pechicidío», de Lauro Olmo

Una serie de factores ha delimitado lo que podríamos llamar «teatro crispado español». Cuantos pertenecen a él —autores, directores, grupos, espectadores...— contemplan el teatro con una tensión especial, hija de todo ese discurso tácito que la vida es-



Lauro Olmo.

pañola de nuestros días no ha dejado ser explícito. Muchos nombres arrastran una carga soterrada, cuyo verdadero sentido continúa en la penumbra. Andan en juego los textos prohibidos, las sesiones únicas, las funciones en los Colegios Mayores, las periódicas encuestas en las que aparecen autores cuyas obras casi nadie conoce... Factores —en el centro, el Teatro Independiente— que impregnan cualquier actividad de su mundo de cierto sentido oculto, como si a través de ese teatro pudiera descifrarse toda la realidad española.

Lauro Olmo, por las obras que ha estrenado y las que no ha podido estrenar, por su posición crítica, pertenece, sin duda, al mundo de ese «teatro crispado». Su nombre comporta una serie de reflexiones que, lógicamente, uno espera ver asumidas en cualquiera de sus obras. El espectador establece el discurso que relaciona «La camisa» con «La pechuga de la sardina» y «English Spoken», se acuerda incluso de «La noticia» y se dispone a situar «Historia de un pechicidío», aun aceptando su tono cómico, en esas coordenadas.

¿Qué habrá querido decir «realmente» el autor a través de la farsa?

Luego resulta que todos estos planteamientos no vienen a cuento. Que Lauro Olmo ha querido escribir una comedia sin intenciones ocultas, una comedia menor, humorística, con todos sus hilos al descubierto. En la que si en un momento dado vemos al censor-cuervo enfermizamente atrapado por aquello que prohíbe, o en tal o cual frase aparecen los consabidos paralelismos, no hay por qué darle importancia, ya que los tiros van por otro lado.

Me han contado que la noche del estreno hubo nervios en el escenario y entre algunos espectadores. En la cuarta o quinta representación, que es la que yo vi, todo discurrió relajadamente: divertidos y sueltos los actores —que es lo fundamental en un teatro de este tipo—, ajustado el montaje, la música de Ramón Ricote y el conjunto Los Tíos al ritmo, a la sensación de ligereza y facilidad que la comedia reclama, atentos y prontos al aplauso los espectadores...

Viendo «Historia de un pechicidío» se da uno cuenta del daño

que puede hacerse a ciertos autores exigiéndoles siempre la obra «trascendente». De hecho, determinadas comedias y montajes que tenían un sentido dentro de la evolución teatral española, se han minimizado por la necesidad de guiarle el ojo al espectador, de decirle que detrás de aquel tratamiento cómico había una reflexión grave y sesuda. Lauro Olmo no sigue ese camino. Sobre un argumento brevísimo, sin la menor voluntad de ser lógico ni verosímil, unos fantoches animan divertidos versos, con los que el autor se burla de la represión sexual y de nuestra moral del honor. Siendo la palabra el instrumento expresivo fundamental, la obra atraviesa pasajes de diversa fortuna, según su gracia verbal y sus niveles de ironía y de chacota. Carlos Ballesteros, Amparo Soto, Adriá Gual, Enrique Cazorla, Antonio Gutti, Maribel Altes y Francisco Cecilio son los desenvueltos intérpretes de esta pieza, que, aun siendo de Lauro Olmo, no pertenece al «teatro crispado» español. Titularse «Historia de un pechicidío» o «La venganza de don Lauro» y autodefinirse como «crónica-rock» es ya una declaración de principios. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

Permitidme confesar un método de trabajo personal, algo que me sirve de pauta íntima para ir confeccionando estas pequeñas crónicas semanales e insignificantes. Yo escribo, claro, sólo de lo que veo, y bien sabido es que no me es posible ver todo lo que se exhibe en este Madrid, cuya edad actual podríamos señalarla históricamente como «de las galerías de arte». ¿Cómo decido ver lo que efectivamente

veo? Aquí tengo que darle un cierto margen a mi propia intuición. Veo lo que intuyo que me va a interesar. ¿Y por qué llega a interesarme lo que me interesa? Por la cantidad de problematismo que plantea, y que me plantea a mí personalmente.

La exposición que abrió Darío Villalba en la sala grande de Vandrés la vi desde el primer día. ¿Por qué no escribí de ella, porque no me interesó? No, al contrario. Me interesó vivamente. Me interesó quizá en exceso. Me interesó tanto, que me dejó lleno de problemas. Y claro está que un comentarista —que es lo que espero ser yo— debe participar de alguna manera del problema que propone el artista, pero, de alguna manera también, debe indicar, si no una propuesta de solución explicativa, una explicación del problema mismo. Y esa es la cuestión. Yo sé que el problema existe, pero no acabo de explicarlo, de explicármelo, en la medida de mi propia perplejidad. ¿Qué es lo que ha pasado entonces? Ha pasado, me apresuro a confesarlo, que yo he ido remoloneando una crónica que tenía que ser una explicación, la cual no estaba —no estoy— en condiciones de dar. Lo que pasa es que ya estamos en el verano. Todo se acaba, incluso se cerrará a medias esta sección... ¿Qué debo hacer? La experiencia, mi pequeña experiencia personal, me indica que si yo no puedo explicar una cosa, debo explicar por lo menos mi fracaso. Y eso es lo que quiero hacer públicamente, para estar tranquilo, por lo menos con mi conciencia, este verano. Porque yo he leído algunos comentarios inteligentes, firmados por críticos que no son españoles y que yo respeto mucho —como Giancarlo Politi o Marta Traba—, pero su explicación no acaba de satisfacerme. Yo creo que lo mejor que puedo hacer aquí es, ya que no puedo mostrar mi sagacidad, confesar mi perplejidad; pensaré por escrito.